quien se le enviaron a Guerrero los degradados, no quiso recibirlos; pero entre los mismos gobiernistas y los rebeldes causó tanta indignación cual si se hubiere aplicado, acostumbrados como estaban todos a que la defección servía lo mismo para llegar a los puestos públicos elevados, que para conservar los empleos y grados militares y ascender en la escala jerárquica.

Mala era esta costumbre que había desprestigiado a los militares; pero más malo resultó el quererla corregir imponiendo a sus amantes el castigo de la humillación personal.

Uno de los que protestaron públicamente contra el pretendido escarmiento fué el general de división Rómulo Díaz de la Vega y sufrió por esto una reclusión de tres meses en la Fortaleza de San Carlos, en Perote.

En el capítulo "Lucha Titánica" que encabeza este tomo insertamos una opinión oficial sobre el grado de moralidad y cultura en que se encontraban muchos militares y que es aplicable a los de antaño, desde la Independencia, y a otros de la época siguiente.

Otro reto a los viejos escrúpulos, lanzado en caliente, fué la intervención de los bienes del clero de Puebla por haber fomentado el movimiento sedicioso de Zacatlán-Zacapoaxtla (decreto de 31 de marzo de 1856).

"La cuña para que apriete ha de ser del mismo palo", decían los poblanos aludiendo a su conterráneo y huésped pasajero Comonfort, autor de tal decreto.

o
o o

Si con el triunfo alcanzado en Puebla y con el desusado castigo de los vencidos se hubiere apaciguado la República, se habría justificado el rigor del segundo; pero desgraciadamente no fué así, porque la revuelta no la hacía un solo grupo ni en una sola parte, sino en to-

das partes y por millares de indivíduos, como continuaremos viéndolo:

Meses hacía ya que revolucionaba sin obstáculos en el distrito de Cosalá, Sin., teniendo en jaque al de Tamazula, Dgo., José Inocencio Inguanzo, el que siendo coronel y comandante principal de Culiacán se había alzado en armas el 8 de noviembre de 1855 deponiendo al gobernador del Estado Pomposo Verdugo y echándose sobre la suma de $12,000.00 que algunos particulares tenían depositados en la Casa de Moneda de aquella capital.

El movimiento de Inguanzo repercutió en la ciudad de Tepic, donde el comandante de marina José María Espejo se rebeló el 13 de diciembre al frente de ciento cincuenta hombres que componían la guarnición de la plaza.

El inquieto general José López Uraga no se dió por vencido sino hasta el 18 de febrero de 1856 en que fué aprehendido cerca de Tulancingo por el Lic. Sabas Iturbide y obligado por el gobierno del centro a salir del territorio nacional. Sucedió que, dias antes, el 21 de enero, había sido derrotado y hecho prisionero en Tolimán por el general Luis Ghilardi y que habiéndose evadido de sus custodios el 31 del mismo mes, cuando se le llevaba a Veracruz, volvió a sus aventuras y fué reaprehendido por Iturbide. Al cabo de algunos años volvió del extranjero, convertido en reformista, según lo veremos.

El movimiento de rebelión se extendía sin que bastara ningún esfuerzo a contenerlo. El 11 de septiembre se pronunció en Iguala el coronel Diego Castrejón y proclamó por jefe al general Rómulo Díaz de la Vega, el cual no llegó a asumir la jefatura; un batallón de Guardia Nacional se pronunció también el dia 15 en el convento de San Francisco de la ciudad de México; el 25 entró Juan Calderón en San Andrés Chalchicomula al grito de ¡Viva la Religión y Muera Comonfort!; el mismo dia lo secundó en Izúcar de Matamoros el teniente-coronel Carlos Patrón y el 4 de octubre se descubrió en [redacted] Merced de las Huertas, jurisdicción de Tacuba, un centro de conspiradores con un plan para el restablecimiento del centralismo y un presidente vitalicio a la

cabeza.

Diego Castrejón fué derrotado el 6 de octubre en Portezuelo de Tlaxcalco, Gro., por el general Benito Flores y murió a los pocos dias, de resultas de las heridas que recibió; pero tuvo inmediatamente un activo sucesor en la persona de Juan Vicario, el que se hizo sentir en el distrito de Iguala y después atacó a Cuernavaca y saqueó a Yautepec.

El rico general indígena Tomás Mejía, que bajaba de la sierra a los poblados y volvía de éstos a remontarse con lo que le arrebataba al gobierno de Comonfort, entró en Puebla la noche del 13 de octubre y se alojó en el convento de la Cruz como en su propia casa, con sólo trescientos hombres; a otro dia, el comandante general Blas Magaña dió un furioso ataque al convento para vindicarse de la falta de vigilancia y previsión y fué derrotado y muerto. El gobernador de Guanajuato Manuel Doblado voló en auxilio de Puebla; pero resultó infructuosa su marcha, porque al saber Mejía que se aproximaba evacuó en buen órden la plaza llevándose $18,000.00 y todo el material de guerra, las municiones y el armamento que existían en los almacenes.

Puebla quedó una vez más en poder de las tropas gobiernistas y al mando del general Juan B. Traconis, aunque momentáneamente, por decirlo así, porque los rebeldes entraron de nuevo en ella en la madrugada del 20 de octubre, siendo protagonista de este albazo el más notable de nuestros conservadores: Miguel Miramón.

Sucedió que el general Joaquín Orihuela se alzó en armas y se situó en las goteras de la ciudad la noche del 19, contando de antemano con la adhesión de algunos jefes y oficiales de la guarnición, entre ellos el capitán Leonides Campos del 2° batallón de línea.

Preparado el golpe de esta manera, el ya coronel Miramón y el ca-

pitán de artillería de marina Francisco A. Vélez (muchos años después general de división y comandante militar de México) entraron en la ciudad y se reunieron con el capitán Campos, quien de común acuerdo con ellos los llevó al Palacio de Gobierno y los entregó en calidad de arrestados al comandante de la guardia diciéndole que era por órden del jefe de la plaza, general José María García Conde. El ingenuo comandante se aisló de la guardia y subió a la planta alta para dar alojamiento a sus transitorios huéspedes y estando arriba con ellos le amartilló Miramón la pistola en el pecho y lo obligó a entregarle el "Santo y la Seña" del dia, o sea las palabras acordadas secretamente para darse a reconocer en cualquier punto militar sometido a la vigilancia de una guardia. Mientras, el capitán Leonides Campos, que se había quedado abajo, asumió el mando de la guardia diciendo que lo hacía por mandato del jefe de la plaza y en seguida hizo una señal a los jefes y oficiales conspiradores que esperaban afuera, en la banqueta, protegidos por la penumbra, de que ya podían entrar en el Palacio.

Reunidos de este modo los audaces, prendieron al repetido jefe de la plaza, que se encontraba dormido, y después, unos se quedaron en el edificio y otros salieron acompañando a Miramón, Vélez y Campos al cuartel de artillería, donde con la complicidad del comandante de la guardia se apoderaron de la persona del teniente coronel Juan García, jefe del punto, y sacando a la calle los cañones para producir el consiguiente alboroto, lograron que las tropas que se encontraban alojadas en el monasterio de Santo Domingo y en el Fuerte de Loreto se declararan por la revuelta: de modo que en las primeras horas del dia 20 la plaza estaba, como ya dijimos, en poder de Joaquín Orihuela.

Por órden de este nuevo infiel quedaron en libertad los jefes y

oficiales prisioneros, tomando el general José María García Conde el rumbo de México y los demás el de Río Frío.

El coronel José Barreiro, jefe del 2° batallón de línea, explicó la vergonzosa sorpresa de la guarnición de Puebla en el informe que le rindió al general Tomás Moreno en 8 de diciembre de 1856, diciendo que García Conde había recibido el mando de la plaza el 18 de octubre por entrega que le hizo Traconis y que no quiso dictar ningunas providencias contra una emergencia y que por otra parte la mayoría de las tropas estaba lejos de la ciudad el dia del albazo.

De nueva cuenta el gobierno del centro sacó fuerzas de flaqueza enviando sobre Puebla unos cuatro mil hombres al mando del general de división Tomás Moreno, el que sin pérdida de tiempo le puso sitio el 4 de noviembre y lo sostuvo hasta el 3 de diciembre, fecha en que la plaza se rindió estando a las órdenes del coronel José Mariano Fernández por haberse ocultado los jefes Orihuela y Miramón.

Las condiciones principales de la capitulación fueron: la entrega de las armas de los rendidos y la garantía de la vida de los mismos.

En los dias del sitio una gruesa partida de rebeldes procedente de Izúcar intentó reforzar a los defensores y cayó en poder del general Mariano Morett, subordinado de Morán; y por otro lado incursionaban en el Territorio de Tlaxcala las partidas insurrectas del general Ignacio Gutiérrez y coronel José María Cobos, las que en octubre habían operado su reunión en Tulancingo inquietando seriamente al general Morán, que vió en ellas un peligro cercano y por eso activó la caída de Puebla sin reparar en concesiones más o menos liberales, como lo fueron las de la capitulación.

o
o o

En este grado de progreso se encontraba el movimiento rebelde, cuand